

QUIROMANCIA DE LA PAMPA

EN agosto último me llegó de París un libro de Henri Michaux, titulado *Ecuador*. No he podido aún averiguar de qué modo su autor—a quien no conozco—supo de mí y de mi dirección. Aquí le agradezco su envío.

Ya había leído yo en *Bifur* (la nueva revista de Ribemont Dessaignes) unas páginas de *Ecuador*, y esas páginas me interesaron tanto, que se lo comunicaba por escrito a uno de mis amigos parisienses. He aquí el comienzo de esa carta:

“Algunas observaciones de Michaux sobre América (sobre la América mía) me gustan por todo lo que sugieren. Nos llama *el continente monótono*, y por lo que ve en la monotonía, en la repetición, demuestra que comprende a fondo esas cosas, de las cuales me gustaría que alguien de los nuestros escribiera un día el elogio.

“Leemos en *Ecuador*: “En total, la América del Sur está compuesta de tres regiones inmensas

"y perfectamente monótonas: la selva virgen, la  
"cordillera de los Andes y las Pampas... La Pam-  
"pa, tierra de vacas, dice todo cuanto tiene que  
"decir en un metro cuadrado, pero lo repite en los  
"millares y millares de kilómetros que constituyen  
"la mayor parte de la Argentina... La América es  
"una tierra de la dimensión de la multiplicación,  
"y como tal hay que conocerla; no ofrece lo pin-  
"toresco a cada vuelta del camino, pero sí una vas-  
"tedad infatigable... Nos sorprendimos al leer a  
"Lautréamont; había en él un *confort* en lo gran-  
"de; nos preguntábamos de dónde venía. Venía de  
"él; pero él había vivido en un país que por su acti-  
"tud daba algo más que pequeñez, pequeñez, pe-  
"queñez, como todas nuestras provincias europeas,  
"y eso cuenta también." ¡Claro que cuenta! Lau-  
"tréamont me es casi desconocido; por lo tanto, no  
"puedo juzgar la exactitud de esas observaciones en  
"lo que le concierne; pero es evidente que la tierra  
"americana, donde dimensión, multiplicación y mo-  
"notonía son tan preponderantes, colora a su manera  
"nuestra alma. Ignoro si ese fenómeno era sensible  
"en un Lautréamont. No cabe duda que lo es en  
"mis compatriotas. A menudo me he sentido des-  
"concertada (quizá humillada) al comprobar hasta  
"qué punto carecía yo misma de "pintoresco de al-

ma" (en el sentido que da Michaux a la palabra  
"pintoresco").

"Recientemente, una conocida cantante fran-  
"cesa, de paso entre nosotros, expresó su sorpresa  
"y su incredulidad al oírme ponderar la belleza de  
"nuestro campo. *Pas possible! La Pampa, quoi!,*  
*c'est une plaine!*, repetía. Luego agregó, por cor-  
"tesía: "Iré a verla"; y yo pensé entre mí: "La mi-  
"rarás, pero no la verás."

"Sí, la Pampa es llanura, pero es también algo  
"más. Lo difícil es encontrar el medio de inculcar  
"esa idea en la cabeza de aquellos que no saben  
"cómo la dimensión cambia, a veces, hasta el signi-  
"ficado... (El mar también es sólo agua salada...  
"Bien lo subraya Michaux.)

"La opinión de Mlle X sobre la Pampa acla-  
"ró de pronto una impresión que tuve constantemen-  
"te en Europa: la de ser la propietaria de un alma  
"sin pasaporte. Alma que dejaba al entrar en toda  
"conversación, como dejaba mi paraguas a la entra-  
"da de los museos. Alma sin curso, e incómoda por  
"ello. Alma que no se avenía tampoco a ese que-  
"darse siempre en un rincón y como en penitencia.

"Comienzo a sospechar la razón de ese contra-  
"tiempo: mi alma no es un *paysage choisi*—usted,  
"amigo mío, me entiende—. Aunque tuviese lo bas-

tante poderoso el don de expresión como para exteriorizar esa alma irremediabilmente pobre de pintoresco, ella permanecería, por el momento, invisible ante la mayoría de los ojos europeos, acostumbrados a otros espectáculos.

"Le he hablado a usted a menudo de nuestro Río de la Plata, y usted sabe hasta qué punto me gusta, por ser él también una pampa, una pampa de agua, abierta a todas las partidas, a todas las llegadas. Ese río desaparece en su amplitud misma. Quizá nos es difícil hacer comprender su belleza a los extranjeros, porque nosotros no la hemos comprendido aún del todo.

"En un paisaje, la vertical sube imperiosa al asalto del cielo, como un grito de ciego. La horizontal, en cambio, se ofrece mansamente al cielo, como una mirada de mudo; pero ambas son sólo modalidades distintas de un mismo llamado.

"Nuestra pampa, nuestro río van hacia el infinito por la línea horizontal. Creo que será dado a nuestra alma el expresarse a través de ella.

"¿Recuerda usted cuánto admiramos ciertas antiguas pinturas chinas donde el vacío se tornaba sensible y significativo mediante una rama o un pájaro dibujados en un ángulo de la tela, como un título: el título del vacío? ¿Recuerda usted

nuestra impresión? En aquel espacio desnudo reconocíamos al protagonista, al objeto principal del artista, y de él surgía una pura afirmación, como la que a veces surge del silencio.

"Nuestra pampa, nuestro río, nuestra alma me recuerdan esas pinturas. Pero, en lo que atañe a nuestra alma, el breve dibujo, ala u hoja, que da nombre al espacio vacío, está apenas esbozado: el título falta."

Nunca envié esta carta. Nunca la terminé. Se la leí a Frank, al día siguiente de aquel en que pronunció su admirable conferencia sobre las dos Américas. Se la leí para demostrarle cuán nuestra era su visión y qué conciencia de ello teníamos.

Efectivamente, Frank, mejor que nadie (por ser él también americano), ha sabido penetrar nuestra angustia presente. Dijo: "Sois una nación potencial perdida en la vastedad de vuestra tierra. Vuestra tristeza es eso: estar perdidos. Pero vais hacia el nacimiento por medio de un crecimiento hacia abajo: hacia abajo en el suelo, hacia abajo en vosotros mismos." Y al recordar lo que sobre su América y la nuestra piensa, repito que, en realidad, verticales y horizontales son sólo modalidades distintas e igualmente patéticas de un mismo llamado.

He aquí que, de España esta vez, nos llega un libro que me vuelve de nuevo hacia esas ideas. Me refiero a *El Espectador*. Los ensayos titulados *La Pampa... promesas* y *El hombre a la defensiva* disgustan, por lo que oigo, a muchos de mis compatriotas. Me cuesta comprender por qué. Yo digo: ¡Bravo! Y ojalá continúe Ortega estudiándonos.

Como título (y no sólo como título), *El hombre a la defensiva* es un acierto, una *trouvaille*. ¡Cuánto almidón tiene! Todo ese almidón que se llama miedo al ridículo. Nos asegura Ortega que un extranjero puede aclararnos sobre nosotros mismos por los errores en que incurre al juzgarnos: "La verdad del viajero es su error", nos dice. Esta paradoja es muy cierta y, como toda auténtica paradoja, reversible: "El error del viajero es su verdad." Es claro que, si me quejo de la falta de magnificencia del Támesis porque no se parece a nuestro río, o si Mlle. X no reconoce la grandeza de la Pampa porque no está cortada a la medida de *l'Île de France*, la verdad de cada uno de nosotros se convertirá en nuestro error. (Verdad significa aquí noción de belleza.)

Ortega no incurre, naturalmente, en ese error, y quizá pudiéramos reprocharle a sus páginas lo que él le reprocha a nuestra Pampa: no cumplen

su promesa. Pues Ortega nos había prometido equivocarse. Estoy dispuesta a absolverlo de ese pecado. Pero, ¿harán otro tanto los demás?

En *La Pampa... promesas*, ni una línea que no me fuese un punto de partida, una partida hacia mis sueños de rumiante o un recordar lo que ellos fueron. Ortega tiene una percepción perfecta de ese paisaje, "que parece sin forma porque la tiene sutil", y del estado de ánimo que crea. Conozco también esa indiferencia a los primeros planos, esa docilidad a dejarse tragar por el horizonte. Indiferencia y docilidad simbólicas.

No sólo la Pampa, sino el río y nosotros mismos vivimos de nuestro confín. La hacienda, los montes, los barcos, los hechos son cosas sobre las cuales nuestra mirada tropieza apenas.

Parecen escritas para nosotros las palabras de Montaigne: *Nous ne sommes jamais chez nous, toujours au delà, dans la crainte, l'espérance ou le souvenir*. Pero, aunque la Pampa no estuviese ahí, extenuándose en gestos promisorios, ¿sería posible vivir de otro modo este momento de nuestra historia? ¿Sería posible soportar las trémulas y desgarbadas torpezas de la edad ingrata sin esa nuestra mirada fija en el porvenir de nuestro cuerpo? En un porvenir que la fuerza de nuestro ensueño actualiza.

En *El hombre a la defensiva*, me detuve especialmente allí donde Ortega apunta que la incapacidad que menudea en su península no se parece nada a la que es habitual en la Argentina. "El que en España ejerce una profesión—dice Ortega—no improvisa su ejercicio. Desde siempre vivió hacia él y para él. Lo que pasa es que carece de dotes naturales. En el argentino no se trata de que suele estar mal dotado..."; y, al margen de ello, esta nota: "Sea dicho sin vacilación alguna: no creo que actualmente exista otro pueblo de habla española con mayores posibilidades de inteligencia que el argentino. Permítaseme que diga posibilidades, pero he aprendido que la efectiva inteligencia se compone de otras muchas cosas además de inteligencia *sensu stricto*." En nuestro país, donde la gente está a menudo tan ricamente y tan inútilmente dotada, deberíamos meditar mucho lo antedicho.

Los dones, si no se los cultiva seriamente, no sirven más que para agriar o torturar (según el temperamento) a quien los malgasta. Es raro que un argentino bien dotado no se dé cuenta en su primer choque con Europa de que ocupa un nivel bastante inferior al que ha alcanzado un europeo menos dotado que él, pero más enérgico y de dis-

ciplina más clara. Descubrir esto perturba y deprime. Por reacción, acusamos al europeo de injusticia para con nosotros. En realidad, somos nosotros culpables de injusticia para con nosotros mismos, puesto que no tratamos de merecer las dotes que gratuitamente nos dió la suerte.

Hace algunos meses—Ortega debe recordarlo—visitamos juntos en París a una escritora de fama mundial. Estaba enferma. Había leído el ensayo sobre Proust que el autor de *El Espectador* publicó en la *Nouvelle Revue Française*. Quiso conocerlo, y yo se lo llevé. Apenas instalados en su habitación, tomando ella mi mano en la suya, se volvió hacia Ortega y le preguntó: —*Voyons, monsieur, est-ce que votre philosophie vous aide à vivre?* —¿Verdad, amiga mía, que eso es lo único que nos importa?—agregó, volviendo hacia mí su cabeza. Ortega sonrió. Comprendí muy bien su sonrisa. Pero la mano de Anna de Noailles apretaba la mía, y a esa mano también la comprendí.

Esa mano decía: "Queremos poner en la vida nuestra inteligencia y la suya, señor; pero no queremos saber nada de poner nuestra vida y la suya en la inteligencia."

Hoy pienso de nuevo en esa entrevista y en ese diálogo, y me pregunto: ¿Nos son de alguna

ayuda en la vida los dones que poseemos, nosotros argentinos? ¿Nos han llevado acaso a dar todo lo que podemos dar?

Que cada uno se haga esa pregunta. Pero, si tuviera que contestar por todos, basándome en mi experiencia personal, en lo que he visto y sentido, contestaría: No. Sin embargo, tenemos necesidad, deseo, pasión de vivir bien, es decir, de vivir con nuestras posibilidades totalmente realizadas.

Ni los ataques, ni los elogios en sí, pueden sernos provechosos. No necesitamos caricias, ni golpes—con los que cambiamos entre nosotros basta—. Necesitamos que nos traigan claridad. Venga de donde venga, de nosotros mismos o del vecino.

Cuando nos habla un hombre como Ortega, podemos estar seguros de que no piensa en humillarnos, ni en halagarnos. Se dirige a nosotros *in the right spirit*. Esa es una de las razones por las cuales sus palabras, aun si no concuerdan con nuestro pensar, traen claridad.

Algunos lectores—lo preveo—se sentirán tentados de reprocharle a Ortega un exceso de generalización. Les aconsejo que releen la página 228, donde explica admirablemente “cómo al pensar dislocamos lo real, lo extremamos y exorbitamos”.

Desde hace algún tiempo, la Argentina tiende la Pampa a los extranjeros de fama, como tendemos la palma de la mano a las quirománticas célebres. Y las preguntas no tienen fin: “¿Qué piensa usted de la línea de vida? ¿De la línea de la cabeza? ¿De la línea del destino?” El extranjero de fama trata de dar respuestas sentidas; pero el hecho es que, por lo general, sólo despierta protestas. Si es irónico, lo encuentran superficial; si es grave, infantil; si es sincero, insolente. Al fin de cuentas le darán la espalda, dejando caer esa palabra que Borges, con sobrada razón quisiera ver muerta, palabra de nuestra sueñera y de nuestro caos: “macanas”.

Yo quiero agradecer públicamente a Ortega el placer que me causó leer en su libro las páginas que nos conciernen. Quiero agradecerle tanta inteligencia puesta al servicio de tanta sinceridad.

Buenos Aires, diciembre 1929.